

HISTORIOGRAFÍA LATINOAMERICANA

BALANCE Y PERSPECTIVAS

Stanley J. STEIN
Universidad de Princeton

1. El Período Colonial 1450-1850

Entre las disciplinas que se han enfocado sobre la América Latina en los siglos XIX y XX, la historia ha atraído al mayor número de investigaciones y ha alcanzado el máximo de resultados. Dentro del campo de la historia, la época preferida ha sido la colonial, desde los tiempos pre-hispánicos hasta los principios de la Independencia (1810), o, si se admite la tendencia moderna de llamar las décadas que siguieron inmediatamente a ésta, la época 'neocolonial', hasta mediados del siglo XIX (1850-1870). Cae dentro de los últimos veinte o treinta años el interés inteligente y erudito hacia los años posteriores a 1850, la época 'nacional' o 'moderna'. Tales son las conclusiones que se deducen de estudios recientes de la historiografía latinoamericana.¹

Este interés no se ha repartido uniformemente en los cuatro siglos coloniales. Se nota la tendencia de los historiadores a repartir sus estudios en tres períodos de la época colonial: 1) el descubrimiento, la conquista, y la colonización hasta alrededor de 1570; 2) los antecedentes de la Independencia, 1763-1810; 3) la oleada anti-colonial contra el imperialismo ibérico y las décadas de asentamiento, 1810-1850. Los motivos de esta distribución del tiempo histórico son bastante evidentes. Los eruditos del siglo XIX tanto en la América anglosajona como en la América Latina se interesaban naturalmente en los orígenes de las culturas del Nuevo Mundo, debido en parte a la propensión de los historiadores a buscar

los principios de un proceso, en parte desde su punto de vista de experiencia colonial. Los de América Latina, como Carlos María de Bustamante, Lucas Alamán, Orozco y Berra, García Izcabalceta, Adolfo de Varnhagen, Barros Arana, y Amunátegui, examinaron a menudo el período colonial, sobre todo el siglo xvi, porque querían exaltar o despreciar la herencia colonial.² Los norteamericanos desde Irving y Prescott hasta Bancroft y Bourne veían la era del descubrimiento y de la conquista con 'la nostalgia romántica del pasado hispánico', o, como en el caso de Winsor, Fiske y Thacher, porque veían en la América Latina del siglo xix la supervivencia de las instituciones y los valores coloniales o por causa de contactos con los españoles en las orillas de los Estados Unidos.³ Mientras los historiadores norteamericanos del siglo xix restringían su atención al descubrimiento, la conquista y la exploración, sus equivalentes latinoamericanos escribían también de la caída sangrienta y dramática del colonialismo ibérico, las guerras de la Independencia, de los orígenes, la evolución y los propósitos de éstas. Las ceremonias centenarias que conmemoraban los movimientos por la Independencia, desde 1910 hasta 1922, reforzaron este aspecto de la historiografía. Antes de 1918, los eruditos norteamericanos habían escrito algunas monografías de interés sobre el período colonial, por ejemplo, *History of the Conquest of Mexico* por Prescott (1847), *History of Mexico* por Bancroft (1883-1888), *Spain in America* por Bourne (1904), *Gálvez* por Priestley (1916) y *Trade and Navigation* por Haring (1918), aparte de las obras bibliográficas de Shepherd, Robertson, Bolton, Hill y Chapman.

La aparición de la *Hispanic American Historical Review* (1918) ayudó al establecimiento de la historia latinoamericana como una rama de actividad profesional entre los investigadores norteamericanos. Para éstos, las dos décadas siguientes constituyeron un período de 'concentración, especialización y elaboración',⁵ que condujo a la publicación de monografías sobre las instituciones políticas, la historia económica, intelectual y literaria, los libros de texto, y la discutida idea de Bolton sobre el desarrollo histórico del hemisferio, "The Epic

of Greater America" (1933).⁶ Después de 1940, el aumento del interés en los orígenes recientes de los problemas latinoamericanos, es decir los del siglo xix, disminuyó el interés antes dominante por la historia colonial. Sin embargo, ha habido de hecho un renacimiento de estudios coloniales en cuanto a calidad, tema y síntesis. Las épocas prehispánicas y de la conquista han sido reexaminadas y reinterpretadas;⁷ facetas descuidadas de los siglos xvi y xvii han sido esclarecidas por estudios de la historia demográfica, social, económica e intelectual y por análisis de la teoría política y las de las instituciones.⁸ Se ha mostrado mayor interés en el desarrollo económico e intelectual del siglo xviii.⁹ Ciertas instituciones y formas sociales —la economía, la hacienda, el peonaje, el mestizaje, la aristocracia indígena—han sido delineadas a través de los siglos coloniales y aun más allá.¹⁰ Muy interesantes son los estudios de historia comparativa colonial en los cuales los autores de monografías procuran alcanzar horizontes más amplios.¹¹ No es sorprendente ver que, desde 1940, han aparecido estudios extensos del período colonial, escritos por Haring, Diffie, Picon-Salas¹² Zavala, Miranda y, en menor escala, Chaunu, Arcila Farías y Mauro se han concentrado en los aspectos económicos, y Borah en las instituciones del siglo xvi. Por último, algunos estudiosos han dado en insistir tanto en los aspectos económicos y sociales de los movimientos hacia la Independencia, como en el significado general de tales movimientos en México, Argentina y otros países.¹⁴

En resumen, es evidente que, aunque los historiadores de la época colonial han abierto nuevas brechas y sintetizado con habilidad la literatura monográfica, quedan todavía muchas facetas no estudiadas. En primer lugar, los 'colonialistas' siguen probando los códigos coloniales frente a la realidad colonial. Se destaca la falta de conocimientos referentes a las décadas formativas, del siglo xvii durante las cuales, según se arguye en nuestros días, se formaron muchas perdurables instituciones coloniales.¹⁵ Se ignoran también muchos casos acerca de las instituciones y actitudes que caracterizaron el siglo xviii y perduraron hasta el xix. El artículo de Griffin

sobre los aspectos económicos y sociales de la era de la Independencia sugiere que el conflicto aceleró más la transformación evolucionaria que la revolucionaria.¹⁶ Los que estudian la moderna América Latina de las décadas posteriores a 1830 suelen conectar los períodos colonial y moderno desde 1750 hasta 1850, examinando instituciones tales como la hacienda y las plantaciones, el mestizaje, la estructura familiar y el elitismo, la relación entre el desarrollo económico, el crecimiento demográfico y el anhelo de la libertad económica y la movilidad social, los variados tipos y las consecuencias de los movimientos hacia la Independencia en México, Argentina y Brasil, así como los factores que determinaron la continuidad del régimen colonial en Cuba y Puerto Rico.

II. *La Época Moderna 1850-...*

El hecho de que se mantenga el interés en la historia de la América Latina se debe en gran parte a la expansión política y económica de los Estados Unidos, las crisis de la década 1930-1940, la tensión de la segunda guerra mundial, y a los problemas de expansión económica, desarrollo social y estabilidad política desde 1945. Los problemas del investigador de la época moderna son, sin embargo, mucho más complejos que los del colonialista. La época colonial tenía unidad de tiempo, un principio y un fin; la América Latina colonial estaba organizada conforme a códigos uniformes de derecho, aplicados teóricamente por todas las colonias; los materiales y los métodos de investigación estaban relativamente bien organizados y eran accesibles. Los cambios ocurridos después de 1570 son casi imperceptibles. En consecuencia, la tarea del historiador colonial es sencilla en comparación con la del historiador de la época moderna, el cual tiene que tratar con unos veinte diversos estados, con fuentes dispersas y escasez de los medios de investigación; también tiene que responder al padrón inestable de los sucesos contemporáneos que inspiren nuevas interrogaciones acerca del pasado conocido de manera muy superficial. Mientras que los colonialistas siguen verificando sus síntesis mediante el examen de la operación

específica de sus instituciones dentro de un ambiente limitado, los historiadores de la época moderna necesitan todavía hacer estudios de los diversos países para justificar las síntesis. No despreciamos por esto la utilidad de trabajos de Humphreys, Mosk, Bernstein, Worcester y Schaeffer, Johnson y Griffin;¹⁷ lo decimos con la sola intención de indicar cuánto queda por hacer en la historiografía de la América Latina moderna y qué débiles son las bases de nuestras generalizaciones.

Obviamente, una dificultad con respecto a la síntesis y generalización es la complejidad de la historia latinoamericana en la época moderna.¹⁸ Se puede atribuir esta complejidad a diversos factores interrelacionados: 1) la perspectiva reducida; 2) el crecimiento de la población letrada y el aumento correspondiente de publicaciones que tratan de temas históricos; 3) el desplazamiento del interés por la historia política, militar y diplomática hacia la económica, social e intelectual, lo cual requiere un especial entrenamiento de los investigadores y exige capacidad de integración; 4) la dispersión de manuscritos y la falta de catálogos de colecciones de manuscritos y publicaciones; 5) el impacto variable de fenómenos externos, como las fluctuaciones del mercado mundial, las dos guerras mundiales, y las tensiones de los años siguientes a 1945; 6) la preocupación de los intelectuales latinoamericanos, relativa a los temas de la historia nacional.

Sin embargo, es posible indicar ciertas tendencias historiográficas en el estudio de la América Latina. Aunque *Latin American History since 1852* por A. P. Whitaker restringe la discusión de temas cuyo material puede conseguirse en inglés, su organización temática sugiere las tendencias principales tanto entre los historiadores norteamericanos como entre los latinoamericanos. Las tendencias principales son: 1) mayor interés en la historia social, económica e intelectual, el cual complementa el interés tradicional en la política, la diplomacia y los asuntos históricos; 2) dentro del campo todavía dominante de la política, el tema de la lucha de la democracia contra la dictadura y de la del estado contra el clericalismo; 3) una concepción más amplia de las relaciones

internacionales que va más allá del canje de cartas diplomáticas entre los Estados Unidos y las repúblicas individuales de la América Latina, hasta incluir la actitud de la América Latina frente a las Naciones Unidas y el proceso del desarrollo económico latinoamericano desde el punto de vista mundial.

Es necesario ampliar estas tendencias. Entre los estudiantes de los Estados Unidos y la América Latina, la tarea del historiador se convierte en un trabajo profesional; naturalmente, la producción de los latinoamericanos supera a la de sus colegas norteamericanos. La publicación de revistas especializadas de alta calidad ha servido tanto de estímulo y respuesta al crecimiento de la comunidad de estudiosos de las ciencias sociales.¹⁹ A pesar de la publicación de varias síntesis heurísticas sobre la América Latina en general, como el examen político-social de Johnson acerca de las clases medias y la política en su *Political Change in Latin America. The Economic Development of Latin America and its Principal Problems* de Prebisch, *The Latin American Mind* de Zea, y *Social Stratification in Latin America* de Beals (1953),²⁰ las principales contribuciones se hallan en los estudios de orientación nacional. En cuanto a la muy descuidada especialización de la historia intelectual, han aparecido los estudios sobre México de Ramos, Zea y Romanell, los del Brasil por Cruz Costa y Lucía Miguel Pereira, y los de Argentina por Martínez Estrada y José Luis Romero.²¹ Los economistas que tienen interés en la historia han hecho contribuciones importantes a la historia económica por medio de monografías originales, *Chile: un caso de desarrollo frustrado* por Pinto y *The Economic Growth of Brazil* por Furtado.²² Por último, las contribuciones más importantes a la historiografía, o son estudios en un solo volumen de asuntos nacionales como *The United States and Mexico* y *Mexico: Evolution to Revolution* de Cline, el conciso *The United States and Argentina* de Whitaker, o son series en varios tomos como los dirigidos por Cosío Villegas respecto a México, Sergio Buarque de Holanda para el Brasil, Ricardo Levene para Argentina y, en el caso de Cuba, Guerra y Sánchez y colaboradores.²³ Pocos

son los que disputarán la afirmación de que la *Historia Moderna de México*, preparada bajo la dirección de Cosío Vilegas bajo los auspicios de El Colegio de México, constituye una de las publicaciones más destacadas de la historiografía latinoamericana en la última década.

Sin duda la complejidad de la historia latinoamericana y la dificultad correspondiente de síntesis, se debe también en parte al hecho de que hay una variedad inmensa, según los diversos países, de las clases de temas que interesan a los historiadores. Como indican artículos historiográficos recientes sobre la historia de la época moderna de México, del Brasil y de la Argentina, las cuestiones históricas de estos países no son comparables sino en un sentido muy extenso.²⁴ Los estudiosos de la historia argentina han discutido la época de Rosas, el *Unicato*, y la revolución de 1890, la trayectoria del radicalismo —el partido, las personalidades y el programa—, la revolución de 1930 y la era de Perón. Los de la historia del Brasil han reexaminado las últimas cuatro décadas de la monarquía, los orígenes de la república, el abolicionismo y el proceso de integración, la revolución de Vargas (1930-1945). Para los mexicanos, todo se dirige a la Reforma, la época de Díaz, la Revolución hasta 1940, y a la evolución de la tradición liberal mexicana. Como es de esperar, los autores de artículos historiográficos difieren respecto a los temas no estudiados. Potash recomienda el análisis de los procesos electorales regionales y locales en México en 1867 y 1871, el papel y la función del jefe político, la utilización de documentos de las haciendas y las fábricas para la historia económica, biografías imparciales de las principales personalidades políticas de la Revolución, las raíces del nacionalismo y la tendencia conservadora del México del siglo XIX. Barager aconseja a los especialistas estudiar la revolución agraria argentina después de 1880, la inmigración (1870-1914) y la urbanización desde el punto de vista socio-político, el sindicalismo y las organizaciones para el bienestar social. Es evidente, aún después de hacer este examen superficial, que los centros importantes de interés y producción historiográficos son México, Brasil y Argentina; y que tanto los intereses de los enten-

didados como los temas hasta ahora no estudiados se diferencian mucho. Es también patente que los historiadores, tanto los colonialistas como los de la época moderna, son especialistas en la historia de una, o a lo más de dos áreas y que, sobre esta base estrecha, arriesgan generalizaciones y síntesis.²⁵ La síntesis más ambiciosa de este tipo, más continental que latinoamericana, es tal vez *The National Period in the History of the New World* por Charles Griffin. Basado sobre esquemas preliminares de colaboradores del programa de la historia del Nuevo Mundo, el libro es para los autores de textos escolares como un don del cielo y como un golpe de suerte para los investigadores que buscan el macrocosmos dentro del microcosmos. Todo esto gracias a la periodización de Griffin, su experto balance de fenómenos extra-continetales, continentales y regionales, y su bien seleccionada bibliografía.

III. Oportunidades de investigación

Este resumen de las tendencias de la historiografía latinoamericana del pasado tanto reciente como remoto, resulta oportuno. En primer lugar, el historiador, teniendo en cuenta los preceptos de la llamada "nueva historia", actitud a la vez interdisciplinaria y multi-causal, ante el proceso histórico puede y tiene que emplear todas las facilidades de investigación, los métodos analíticos y las conclusiones de investigadores que emplean disciplinas relacionadas —economía, sociología, antropología, psicología, historia del arte y de la literatura— para desentrañar la complejidad de la evolución histórica moderna de la América Latina. Al buscar las raíces económicas y sociales de la inestabilidad política desde la llegada de la gran depresión, los científicos sociales perceptivos, en su examen de los fenómenos latinoamericanos han obligado, implícita y explícitamente a los historiadores a modificar lo que antes no era más que la adhesión ciega a la tradición de la historia política, militar, diplomática y biográfica de tipo inferior. Ya se abrió el camino para lograr este objetivo, pero todavía queda mucho que hacer. En

segundo lugar, la década posterior a la terminación de la guerra en Corea ha sido sin duda un período de transición en la evolución de la América Latina, con la rápida desintegración de los restos del orden antiguo o neocolonial frente a la presión creciente de las clases hasta ahora sumergidas, desconocidas y olvidadas. Son visibles tanto los vestigios de la tradición decaída como los presagios de transformación. Ahora los historiadores tienen lo oportuno sin igual de hacer frente a sus problemas por diversos lados, aprovechando nuevos métodos de investigación tales como guías de la literatura histórica, biografías especializadas, catálogos de fuentes manuscritas o impresas y por medio del mejoramiento de la preparación universitaria. Sobre todo, este momento histórico de desarrollo casi cataclismológico de la América Latina obliga al historiador a aislar los problemas fundamentales y las cuestiones palpitantes del desarrollo contemporáneo y a someterlos a un análisis, sea en grande como en pequeña escala; en otras palabras, hacer lo que siempre ha sido el ideal del historiador, evitando los intereses anticuados y reinterpretaando el pasado importante. Sin duda los historiadores no están de acuerdo respecto a lo que sea importante, y entre ellos el consenso se modifica de una generación a otra. El pasado significativo para el presente es cuestión de juicio personal; en consecuencia, las tareas subsiguientes del historiador latinoamericano de hoy en día, desde el punto de vista tanto nacional como internacional y dentro de los términos de un plan amplio de investigación, no ofrecen más que sugerencias para la investigación de un número restringido de materias.

1. *México*

El panorama neolítico de la historia mexicana de la época anterior a Cortés, las fases de la conquista, la importancia económica de México para España en el siglo XVIII, la amarga lucha civil de la Independencia y su turbulenta historia de modernización desde la década 1850-1860, han inspirado lo que es probablemente el cuerpo más voluminoso de la literatura histórica. Para el historiador del México actual, la

revolución de 1910 es la vertiente de la historia de México y la primera revolución social de la América Latina moderna. En primer lugar, el historiador tiene que considerar la cuestión más amplia, ¿por qué ocurrió en México en 1910 un trastorno tan grande antes que en otra zona de tipo indoamericano como el Perú? En el estudio de la lucha por la independencia, ¿qué importancia relativa se debe dar a las consideraciones siguientes: 1) las relaciones bastante estrechas de México con los países norteamericanos y del Caribe; 2) la expansión económica a finales del siglo XVIII, el estancamiento de la economía peruana y la disposición del gobierno español de luchar hasta el final en México contra el anticolonialismo; y 3) la libertad relativa o la movilidad de la sociedad mexicana, el espíritu de nacionalismo, y el surgimiento temprano del caudillismo entre los insurgentes.²⁶ En México parece que este conflicto inspiró la hispanofobia permanente y el esfuerzo para expulsar a los españoles que ponían en peligro la seguridad del Estado, es decir, aquellos cuya lealtad al sistema republicano condujo a una crítica más amplia y al repudio de las tradiciones españolas legadas por el colonialismo, mientras que en el Perú republicano se conservó al parecer una tradición hispanófila. En resumen, los historiadores tienen que investigar los archivos en busca de material tocante a la lucha contra la hegemonía española como un movimiento social. Pero no hay duda de que el movimiento hacia la independencia dio la base a la escisión entre liberales y conservadores que decreció después de 1880, una vez que el triunfo del liberalismo de mediados del siglo, plasmado en la figura de Benito Juárez, no sólo había arrebatado a los conservadores el poder político, sino también el social y económico. Es notable el hecho de que los historiadores de ambos lados de la frontera hayan dejado de señalar el impacto de la guerra entre México y los Estados Unidos, que fue precursor de la Reforma e indujo a los liberales a modernizarse para evitar otras pérdidas de territorio. La investigación de las décadas neocoloniales de México entre 1821 y 1867 debe ir más allá de la introducción de Cosío Villegas a los sucesos ocurridos después de

1867, al estudio económico del Banco de Avío por Potash, al análisis de Chávez Orozco, y al tratamiento del 'Mexican Politics' de Scholes respecto a la administración de Juárez.²⁷

Por lo que se refiere a los antecedentes de la Revolución Mexicana de 1910, la cual tal vez sea la primera etapa de la modernización de México, o lo que Cosío Villegas llama 'el Porfiriato' (1876-1910), los historiadores le han dedicado gran parte de su atención. Sin embargo, a pesar de lo bien detallado de los numerosos estudios disponibles, se han dejado sin respuesta varias cuestiones fundamentales.

Debe recordarse que al justificar la revolución mexicana, algunos historiadores liberales y difamatorios han dotado a la cosmografía mexicana de un averno donde Porfirio Díaz, José I. Limantour, Bernardo Reyes y otros se hallan envueltos en una vasta conspiración para explotar a las masas indígenas. Nadie niega los hechos de la explotación, pero los historiadores deben investigar estos y otros aspectos relacionados como una etapa de modernización de una región subdesarrollada, como un síndrome de desarrollo agrícola, incipiente industrialización, movilización de la fuerza de trabajo no especializada tanto rural como urbana, la movilidad social, y el liberalismo pragmático cuyos principios no incluían la democracia económica.²⁸ Como Díaz y sus colaboradores fueron resultado de la Reforma y nunca repudiaron la tradición liberal, Hale ha puesto en duda la interpretación de Reyes Heróles de que 'el porfirismo... no es descendiente del liberalismo'.²⁹ Los historiadores deben reexaminar la etapa del desarrollo del liberalismo mexicano en el siglo XIX que produjera la pléyade de la Reforma y que después se resolvió en la oligarquía porfiriana, la cual abandonó el interés anterior del liberalismo político en favor del desarrollo económico. Si reconocemos que la característica sobresaliente de las décadas porfirianas fue el desarrollo más que el estancamiento, es inadecuado el tratamiento de los problemas agrícolas de aquella época. ¿Qué ocurrió respecto a las propiedades urbanas y rústicas confiscadas a la iglesia, después de 1859? Más específicamente, ¿quién se apoderó de qué, de cuánto, y en dónde? El estudio de las haciendas mexicanas

antes de 1910 pone de relieve sus aspectos semif feudales, su seguridad en inversiones mínimas de capital, su cultivo extensivo, su inmovilidad laboral.³⁰ Por otro lado, es cada día más evidente que ciertos sectores agrícolas, como los productores de pulque, próximos a los ferrocarriles o los ingenios azucareros en Morelos y Puebla se modernizaban rápidamente. ¿No fue la modernización del sector azucarero de Morelos y Puebla el principal elemento de desequilibrio social en estas regiones, y por consiguiente la razón de la intensidad de las reivindicaciones de los peones indígenas bajo Zapata después de 1910?³¹ ¿Se levantaron los peones mexicanos en 1910 porque tanto su nivel de vida como el de sus aspiraciones era significativamente o relativamente más alto que los de sus similares en el Perú? Se puede concluir que en 1910 el modo arbitrario con que Díaz desarrollaba el proceso político provocó una revolución debido a que la sociedad mexicana era mucho más libre que la de la Indoamérica, porque 1) la lucha por la independencia y la Reforma fueron más que levantamientos políticos; 2) porque el salario laboral en las minas mexicanas, la industria de transformación y la construcción de vías férreas absorbió la mano de obra, proveniente de comunidades rurales aisladas y de las haciendas, hecho que provocó la destrucción del complejo hacendario tradicional; 3) porque también los terratenientes y empresarios de minas estaban descontentos con la política fiscal del Porfiriato posterior a 1907.³²

Prescindiendo de la interpretación histórica de las décadas porfirianas, nadie pone en duda el papel de la Revolución en acelerar la modernización por medio de la destrucción de la hacienda, institución central del México semi-feudal. La Revolución ha sido señalada como carente de ideología, como respuesta a presiones intermitentes que obligan a los gobiernos revolucionarios a responder de una manera fragmentaria y pragmática con el único objeto de alcanzar el mejoramiento social de todos los mexicanos, sean la nueva clase selecta, la burguesía, los grupos de transición, o la gente humilde tanto del campo como de la ciudad, que constituye el elemento humano de la 'cultura de la pobreza'.³⁴

Algunos mexicanos sostienen ahora que había corrientes definidas en su Revolución y que el éxito obtenido al derribar el Porfiriato surgió a consecuencia de lo que pudiéramos llamar un matrimonio de conveniencia, una colaboración pragmática entre elementos descontentos de la clase media, pequeña pero influyente, y del campesino oprimido.³⁵ Esta interpretación abre paso a una serie de aspectos de la Revolución hasta ahora no estudiados. Primero, ¿qué lecciones podrán aprender los investigadores de la reforma agraria en la América Latina?, de 1) los esfuerzos de la administración maderista para instituir un programa moderado de reforma agrícola por medio de la compensación completa para algunas haciendas escogidas, o 2) las propuestas de los liberales, como Luis Cabrera, de mantener la hacienda y, al mismo tiempo, otorgar a los trabajadores de la misma la posesión de *pegujales*, ninguna de las cuales propuestas logró éxito. Después, ¿cuál fue la influencia remota de la política del gobierno norteamericano sobre el desarrollo y la duración de la reforma agraria y sobre la misma Revolución? Todavía no está estudiada la sugestiva tesis de Tannenbaum (1933) que 'el miedo a los Estados Unidos' inspiró al gobierno mexicano el temor a la confiscación de latifundios, lo cual prolongó la revolución. ¿No fue esto resultado de la orientación de la clase media moderada, de los tratados de Bucareli que "pusieron fin a la Revolución" o de la amistad entre el embajador Morrow y el presidente Calles?³⁶ Más a propósito, ¿qué condujo a la decisión de nombrar a Cárdenas presidente en 1939? Poco se ha publicado respecto al conflicto ideológico que sacudió a México entre 1930 y 1934. En muchos aspectos la fase más radical de la Revolución sobrevino dos décadas después de su estallido, durante los seis años de la administración de Cárdenas (1934-1940), cuando la médula del complejo hacendario fue destrozada para siempre por la redistribución precipitada, pero en gran escala, de las tierras. Fue una solución radical, pero ¿socialista? ¿No fue la ideología del gobierno de Cárdenas un compuesto, en sus fundamentos, de la reforma al modo del "New Deal", en el cual el estado funcionaría como un mero

volante, buscando oportunidades para todos los grupos de interesados, sin favorecer a ninguno? Las premisas ideológicas del gobierno cardenista no se diferenciarían, en este caso, de las del gobierno de Vargas en el Brasil, del movimiento aprista en Perú, o del Frente Popular Chileno, todos contemporáneos.

No es discutible el que, al terminar la administración de Cárdenas, el nuevo gobierno decidiera dar menos importancia al agrarismo radical y dar su apoyo a la industrialización con todos sus recursos humanos y naturales. Pero todavía se discute si esta decisión puso fin a la Revolución o no. Se espera la investigación de los historiadores de cómo se decidió industrializar, y si fue en este momento crítico o en los últimos años del gobierno de Cárdenas cuando los intereses y las tendencias de la clase media llegaron a predominar sobre los de los campesinos y obreros de México. Sin emplear la terminología de las clases económicas o sociales, Cline considera que el curso de la Revolución se desvió después de 1940: denomina esta última fase la época de la revolución institucional.³⁷

En este punto, la perspectiva histórica y la perspicacia indican que la fase institucional de la Revolución es análoga al liberalismo bajo el Porfiriato cuando los líderes políticos razonaron que el curso del desarrollo económico se inclinaría hacia abajo y que se necesitaban métodos políticos autoritarios dentro de la norma y de la Constitución de 1857 para crear un clima propicio a las inversiones domésticas y extranjeras. Esto se ha realizado en México desde 1940, como se ve por la estadística del crecimiento de la producción en volumen y valor, de la urbanización, de la inversión pública y privada, y de la potencia trabajadora en la industria. Los historiadores de la economía no han señalado todavía el papel de la planificación e inversiones gubernamentales, ni el de las relativas contribuciones de los inversionistas privados norteamericanos y mexicanos a la industrialización desde 1940. ¿Ha sido el Estado la fuerza motriz del desarrollo económico? En esta sociedad de tradiciones revolucionarias ¿cómo se logró que el obrero industrial de México aceptara una

porción reducida del ingreso nacional. ¿Qué significado tiene para la historia del trabajo en México la carrera del secretario general de la CTM, Fidel Velázquez, ahora senador? Finalmente, ¿qué lecciones pueden sacarse de las dos fases más importantes de la Revolución, el anticlericalismo y la reforma agraria, al considerar el resurgimiento contemporáneo de la influencia clerical y los fenómenos gemelos de la renovada concentración de la propiedad agrícola y de los millones de campesinos desprovistos de tierras?

2. *Brasil*

Es difícil determinar lo que es más sobresaliente para el historiador de hoy al revisar la historia del Brasil del siglo pasado, mucho más difícil que en el caso de México. La historia de México se puede escribir en términos de las rebeliones dramáticas surgidas en contra del irreductible conservatismo, la liberación de la tutela española, la Reforma y el anticlericalismo, la Revolución. Tales movimientos de masas con sus extensas repercusiones no aparecen con regularidad en la historia de Brasil; su ausencia apoya al punto de vista de los que afirman la monotonía de dicha historia.³⁸ Esto se debe tal vez a la continuidad del conservadorismo brasileño, a la oligarquía cuyo carácter es "más controlado, sus técnicas menos brutales",³⁹ al frecuentemente citado espíritu nacional de compromiso providencial, o sencillamente al hecho de que ni los brasileños ni los extranjeros han producido una vasta literatura historiográfica. Los cínicos desechan el problema con referencia al área inmensa, "ventanas" en las costas del Atlántico, y las tasas de fertilidad. Cualquiera que sea la explicación, el historiador tiene sin embargo que explicar la alta tasa del sostenido desarrollo del Brasil, acompañado de la estabilidad (o continuidad) relativa de la política desde 1850.

Los historiadores tienen que averiguar lo que es probablemente la teoría más general del desarrollo brasileño, tradición de conservatismo resuelto e inteligente el cual ha entendido cuándo y dónde ceder a la presión progresiva. La separación del colonialismo portugués ocurrió tarde, unos

doce años después de la Revolución de Mayo en la Argentina, después de las campañas espectaculares de Bolívar y San Martín. No fue un movimiento sangriento, fue casi un golpe de Estado, a pesar de episodios cruentos en Pernambuco y Bahía. No modificó las haciendas, ni la ganadería, ni las instalaciones mineras, tampoco al elemento humano, la propiedad humana, es decir, los esclavos. Mientras que el México republicano conservó y extendió después de la época colonial su mayor institución del trabajo rural, el peonaje o la servidumbre por deudas, el Brasil independiente y neocolonial conservó celosamente la esclavitud en propiedad. José Honório Rodrigues sostiene que en 1822 los dueños de esclavos abrazaron la monarquía independiente, en primer lugar para aislarse de la presión inglesa sobre el gobierno metropolitano portugués con el fin de abolir la trata de esclavos africanos.⁴⁰ Siguiendo con el papel político de la esclavitud en el Brasil neocolonial, ¿no fueron conservadas tanto la unidad como las instituciones monárquicas de la extensa tierra brasileña a pesar de rebeliones regionales (algunas con rastros republicanos), porque los dueños de esclavos dieron un sólido apoyo a la monarquía que prometió el sostenimiento de la aristocracia, de los privilegiados y del “contrato entre dueños y esclavos”?

Williams, Tannenbaum, Elkins y Freyre, entre otros, afirman que la esclavitud brasileña, y por extensión la hispanoamericana, fue siempre más humanitaria que la norteamericana.⁴¹ Quizá deberían examinarse justicieramente las bases de tales comparaciones, ya que el análisis requiere el uso de criterios comparables, por ejemplo, 1) la fase del desarrollo agrícola en su expansión o en su estancamiento, y el papel correspondiente del trabajo de esclavos; 2) el tamaño, la función y localización de las haciendas así como la fuerza de trabajo utilizada; 3) disponibilidad de fuerza de trabajo esclava suplementaria. Es posible que los investigadores modernos de la esclavitud, como los historiadores coloniales, hayan confundido el humanitarismo de los códigos de leyes con la realidad abominable de la práctica. Es prematuro también creer que la emancipación brasileña no fuera acompa-

ñada de la violencia. ¿Fue abolida la esclavitud en 1880, como la monarquía en 1889, porque la clase privilegiada brasileña reconoció al fin que las instituciones semif feudales o neocoloniales impiden al desarrollo económico en una determinada coyuntura histórica? Naturalmente, la integración al parecer pacífica de los negros y los no-negros en la sociedad brasileña después de la abolición, ha interesado a los eruditos norteamericanos quienes han investigado la persistencia del *Ku Klux Klan* y del *Jim-Crowismo*. Estudios recientes sugieren que en el Brasil los negros emancipados y sus descendientes permanecieron hasta tiempos recientes en los niveles más bajos y menos especializados de trabajo, cediendo a los más competentes y preparados inmigrantes las mejores oportunidades de empleo.⁴² Tal vez se explica esto por: 1) la tradición de mezclas raciales en los estratos inferiores de la sociedad brasileña colonial y neocolonial, y en la formación de un extenso cuerpo de artífices negros libres, y 2) por consiguiente, la relativa falta de fricción en el incorporar a los libertos a la fuerza trabajadora rural y urbana.⁴³ ¿Se puede averiguar que, con la falta de la tradición de propiedad comunal que existía en México anterior a 1910, los libertos en el Brasil aceptaron su nuevo papel de obreros asalariados o medieros agrícolas en vez de formar una *jacquerie* como algunos han caracterizados las fases iniciales de la Revolución Mexicana?

Normano y otros han señalado que sucesivas ondas de especialización económica —el palo de Brasil, el azúcar, el oro, el algodón, el café, el caucho, el mineral de hierro— han caracterizado intermitentemente la historia económica brasileña.⁴⁴ ¿Se encuentra el secreto de evolución social más que de revolución del Brasil desde 1850, en la sucesión de fronteras económicas internas de las empresas del café, del cacao y del cultivo de azúcar y algodón, reforzado por repetidas tentativas de diversificación económica? Por ejemplo, ¿cuál es el significado del impresionante adelanto del desarrollo en 1850-1864, cuando se desviaron las inversiones desde la tan productiva trata de esclavos hacia la infraestructura del desarrollo —caminos de portazgo, coches correo, ferrovías, ser-

vicios urbanos (gas, alcantarillado, alumbrado, tranvías), obras portuarias, fábricas de textiles, fundiciones de hierro, y compañías bancarias y de seguros? Después de la baja de la tasa de desarrollo en 1880, el nuevo gobierno republicano de la siguiente década, poco después de subir al poder, estimuló nuevos sectores económicos de la industria para crear elementos leales a las instituciones republicanas más que a las imperiales. En este caso los historiadores han apuntado, sin investigarlo, un esfuerzo para acelerar la "anglosajonización" del Brasil, siendo los prototipos no sólo la Gran Bretaña sino también los Estados Unidos.⁴⁵ ¿Debería el historiador introducir en este tipo de desarrollo socio-económico la hipótesis de que el lento pero continuo crecimiento de la economía brasileña hasta 1930, se debió hasta cierto punto al influjo de millones de inmigrantes entre 1880 y 1934, cuya educación, experiencia, conocimientos prácticos y niveles de aspiración fueron subvencionados por los países europeos de origen, los cuales ofrecían un mercado para la producción industrial del Brasil? Así, cuando después de 1930 el gobierno de Vargas procuró frenéticamente la estabilización de la economía nacional durante la gran depresión, cuando los mercados de las materias primas del Brasil en ultramar disminuyeron desastrosamente, se trató de conservar el pequeño y promisor sector industrial que existía entonces. Los historiadores tienen todavía que teorizar sobre la manera en que se decidió esto, aunque su documentación amplia se encuentra en los archivos ministeriales. Posiblemente una situación comparable de estancamiento incipiente provocó la decisión, después de 1954, de sostener la tasa del desarrollo y los niveles de trabajo pese a los peligros de inflación doméstica y la falta de elasticidad de la demanda de los artículos tradicionales de exportación del Brasil. ¿Es correcta la hipótesis de Furtado, de que la política de intervención estatal en gran escala de los últimos diez años haya liberado a la economía brasileña de la estrechez de las condiciones comerciales y la capacidad de importar, en efecto, colocando al Brasil en el nivel de industrialización autosuficiente?⁴⁶ ¿Cómo se hizo esa decisión? ¿Fue el resultado de la política de grupos inte-

resados más que de partidos políticos —si es que la hipótesis de Lipson acerca del proceso político es correcta? ⁴⁷

Mejor pensado, parece ser que la administración de Vargas (1930-45) fue la vertiente más importante de la historia del Brasil moderno. Wagley describió las décadas posteriores a 1930 como “la revolución brasileña” y Bello y Werneck Sodré también han ofrecido síntesis sugestivas sobre la época,⁴⁸ que permanecen como ejemplos de especulación inteligente hasta que aparezcan monografías detalladas. Por ejemplo, a menos de que el término revolución no sea empleado más que para señalar una tasa de cambio más rápida dentro de la estructura existente, el historiador tiene que dudar de su uso en la descripción de la transformación del Brasil desde 1930. En contraste con México, donde una redistribución amplia de rendimientos fue intentada por medio de la reforma agraria, tal fenómeno no ocurrió en el Brasil. El número de propiedades pequeñas y medianas ha aumentado, pero —según Sternberg— el patrón tradicional agrario de latifundios y de agricultura extensiva ha permanecido como característica predominante de la estructura agrícola.⁴⁹ ¿Cómo se conservó, con la expansión del cuerpo electoral, la influencia política del dos por ciento de la población dedicada a la agricultura, controlando el 75 por ciento del área agrícola? En vista de que los intereses agrarios han resistido los niveles progresivos de salarios rurales, ¿cómo se creó un mayor mercado doméstico para la producción industrial aumentada? ¿Ha ocurrido en el Brasil, como en Europa en el siglo XIX, el proceso de acumulación de capital para la inversión industrial, es decir, para reducir al mínimo la tasa de aumento de los salarios reales? En otras palabras, la completa época desde 1930 constituye una grave laguna en la historiografía brasileña y un terreno de investigación importante para el historiador de la economía.

Todavía aguarda clarificación la ideología de las sublevaciones de la década anterior a la Revolución de Octubre y así como la de los jóvenes *tenentes* y civiles en 1930. ¿No reflejó la filosofía del *tenentismo* más que los intereses y las aspiraciones de la entonces pequeña clase media brasileña

dentro de la cual se reclutaban los *tenentes*?⁵⁰ ¿Fueron los objetivos de 1930 un anhelo de democratizar el proceso político legado por la monarquía, de destruir el poder político de las oligarquías regionales compuestas de los magnates rurales (los coroneles),⁵¹ quienes administraban la política de la monarquía y de la "antigua república" de 1889, de poner fin a la dominación bipolar del gobierno nacional por los propietarios interesados de São Paulo y Minas Gerães? Para garantizar la continuidad del orden político y la transmisión tranquila del poder, los revolucionarios mexicanos inventaron hacia 1930 un instrumento notable de manipulación política, un sistema poderoso de un solo partido, lo que Cline denomina "la democracia de un solo partido". ¿Por qué la solución que Vargas dio al problema se desarrolló como una variedad de corporativismo criollo (el Nuevo Estado) con legislación derivada de la oficina ejecutiva, con apoyo militar, y sin elecciones (1937-1945)? Sin embargo, por medio de códigos progresistas de legislación social, la administración de Vargas dio a las masas sumergidas del interior y sobre todo a los trabajadores industriales urbanos, un sentido de reconocimiento y participación que el antiguo régimen republicano no había logrado conceder. Sin embargo, mientras que el sistema mexicano de un solo partido sobrevivía con ajustes periódicos, el aparato del Nuevo Estado se derrumbó cuando los militares expulsaron a Vargas en 1945. ¿Fue esto una reacción liberal retrasada de la post-guerra contra un gobierno autoritario o criollo-fascista? ¿Fue su motivo el miedo de que el coqueteo reciente de Vargas con el comunismo anunciara la radicalización de su administración? Por otro lado, a qué conclusión llegarán los historiadores en vista del desarrollo sostenido y vigoroso de un sistema político de varios partidos desde 1946, a pesar del suicidio, en 1954, de Vargas reelegido y de la presión de la inesperada renuncia presidencial en 1961? ¿Los conducirá a buscar en los procesos constitucionales y ordenados de la monarquía de los años de la esclavitud (como dice Oliveira Torres, "la democracia coronada"),⁵² las raíces de la práctica de la política contemporánea? ¿O sería la suposición de procesos constitucionales ordenados

un concepto falso de un proceso político que vacila entre la tradición autoritaria y el federalismo profundo? ¿Se deben buscar los orígenes de la situación pre-revolucionaria de hoy en las tensiones surgidas desde 1946 entre el federalismo y la presidencia, entre el electorado y los partidos políticos, y en el hecho de que los grupos de vanguardia han empleado la acción directa para forzar ciertas decisiones más que por medio de los partidos políticos formales, que carecen tanto de ideologías como de programas? ¿O es el Estado actual en su mayor parte el producto de un electorado que ha aumentado de 1.5 millones (1933) hasta 15.5 millones en 1954?⁵³ ¿Por qué ha sostenido el cuerpo militar brasileño, en contraste con el argentino desde 1945, el papel de custodio más que de dictador del proceso político?

Falta una observación final sobre los temas interrelacionados del desarrollo económico por medio de la industrialización planificada, la aparición de muchas características de una estructura social abierta o penetrable, y la evolución, al parecer pacífica, del Brasil moderno. El núcleo industrial y agrícola de la región central del Brasil del sur, caracterizado por índices relativamente elevados de alfabetismo, de rendimiento *per cápita* y participación política, ha ahondado indudablemente el cisma que lo divide de las regiones en general deprimidas del norte y nordeste. ¿Ha funcionado este núcleo durante un siglo como una frontera interior, un sector que ofrece oportunidades, una válvula de escape para el descontento social? Hace años los hacendados del norte y nordeste vendieron sus esclavos a los del sud-centro cuando reconocieron que la utilización de sus servicios no era económica; sequías periódicas han llevado grupos de flagelados miserables y paupérrimos, antiguamente por barcos de río o vapores costeros, ahora por camión, a trabajar en los campos y las granjas del sud-centro del Brasil. Los historiadores pueden suponer que tal migración interna ha prevenido hasta ahora el conflicto social grave en las regiones deprimidas. Es evidente también que los sectores que se industrializan se han beneficiado al abrirse una fuente al parecer inagotable, y muy adaptable, de fuerza trabajadora lista para aceptar bajos salarios

casi marginales.⁵⁴ Furtado acaba de afirmar que el trabajo industrial en esta región, considerada el corazón del Brasil, constituye de algún modo una aristocracia del trabajo, resistente a las insinuaciones de los revolucionarios.⁵⁵ Asimismo, ¿ha generado esta región suficientes oportunidades económicas para que las familias numerosas de los grupos antes privilegiados, tanto agrarios como comerciales, puedan participar en nuevas empresas, financieras, distributivas e industriales? Con oportunidad para lograrlo, ¿han aceptado estos grupos a los aventureros de la clase media, así como algunos de los valores y las aspiraciones de dicha clase social? ¿Es correcto el diagnóstico de Lipson, al decir, que, en lugar de transferir el poder a la masa de la población desde el siglo pasado, no ha habido en el Brasil más que un arreglo interno periódico y una extensión relativamente limitada del círculo de los privilegiados? ⁵⁶ Siendo así, el contraste es muy marcado con la situación en Colombia, según Beals y Smith.⁵⁷ En este país, la falta de oportunidades económicas al nivel de los privilegiados ha reducido a muchos de ellos a las ocupaciones de la clase media, ligando su valor económico con grupos medianos numéricamente débiles, y creando un sistema político cuya característica principal es la violencia. Además, ¿es plausible que los historiadores de la diplomacia digan que el surgimiento actual de la política exterior brasileña, independiente y por tanto incierta, así como la indiscutible paternidad del Brasil sobre la Alianza para el Progreso, en la Operación Panamé-rica de Kubitschek, reflejen las presiones previsibles de una sociedad y una economía en rápida evolución?

3. *Argentina*

En la historia de México y Brasil posterior a 1850, el historiador encuentra una serie de oleadas progresivas que aplastan o roen las instituciones tradicionales. En las décadas posteriores a 1930, además, y especialmente desde el final de la segunda guerra mundial, las mayores presiones se pueden diagnosticar lógicamente como sintomáticas del desarrollo generalizado, es decir, de la industrialización en gran escala, las campañas contra el analfabetismo, la movilidad

social, y la búsqueda y la realización hasta cierto grado del consenso político democrático. En la diplomacia latinoamericana se observa una nueva constelación de líderes, la del Brasil, y, siguiéndole muy cerca, la de México, substituyendo a la hegemonía Argentina, antiguamente indisputable desde 1889 hasta 1936. Pero cuando el historiador mira hacia la Argentina desde 1930 en adelante, ve que su salida del siglo xx, la era peronista desde 1945 hasta 1955, fue un fenómeno de la post-guerra, un retrasado radicalismo argentino en un hemisferio que consolidaba e iniciaba cambios revolucionarios. En contraste con la experimentación y la modernización de México y Brasil después de 1930, la Argentina ofrece lo que Whitaker denomina una era de 'restauración conservadora'.⁵⁸ En cuanto el historiador traza los rasgos salientes del paisaje argentino contemporáneo, encuentra el estancamiento generalizado, la fragmentación política, y la sociedad hondamente dividida contra sí misma. En vista de que estos síntomas son indiscutibles, las raíces de la paradoja argentina deben ser todavía aclaradas.⁵⁹

¿Se pueden encontrar estas raíces en la naturaleza de la rebelión contra el régimen colonial español, como creen Acevedo y Barreiro,⁶⁰ o en el cisma federal-unitario que se abrió en la década de experimento unitario, la de 1820, asociada con la personalidad de Bernardino Rivadavia? ¿O en los casi 25 años del control autoritario y nacionalista del federal de la derecha, Rosas, cuya carrera y acción serán siempre tema de debate más o menos erudito? La caída de Rosas en 1852 inauguró al parecer un compromiso federal-unitario, cuya mecánica no está todavía aclarada. ¿Fue este compromiso, reminiscente de la era brasileña de reconciliación entre los liberales y los conservadores (1850-1868) y el liberalismo mexicano bajo el Porfiriato, un acuerdo entre las oligarquías rural y urbana que la fratricida política desviara de la corriente de capital y trabajo extranjeros hacia la economía argentina que necesitaba tanto del capital como de la fuerza trabajadora? En este caso, las 'Bases' (1852) y el 'Sistema económico y rentístico' (1854) de Alberdi, anticiparían el atractivo posterior del orden y progreso del positivismo. Tal com-

promiso inspiró quizá el liberalismo patricio del Unicato, que dominara la política y economía argentinas desde 1880 hasta 1916 y que luego, al recobrase del corto interregno del radicalismo bajo Irigoyen, resurgió desde 1930 hasta 1943. Tanto la revolución republicana en el Brasil (1889) como la Revolución Mexicana de 1910 destruyeron sistemas políticos que no respondían a las presiones del progreso. ¿Por qué, tiene que preguntarse el historiador, logró la violencia en Argentina en 1890 (la Noventa) derribar la administración, dejando intacto el sistema político del Unicato y engendrando partidos de protesta, socialista y radical? ⁶¹

Anterior a la década peronista, el radicalismo ofreció a las masas argentinas una ideología, un partido y un líder carismático —de éstos los historiadores no han examinado ninguno. Una vez llegado al poder, fue estropeado por el factionalismo, debilitado por el oportunismo, roído por la corrupción. Como una forma de progresivismo argentino con su énfasis sobre la democracia política, parecía agregar una diversidad de grupos interesados, a pesar o tal vez por razón de la ambigüedad de su ideología y la turgencia de los discursos de su portavoz. Del Mazo ha publicado un estudio útil pero no imparcial del radicalismo. Los historiadores deben presentar un balance objetivo de programas y realizaciones, así como de biografías críticas de Irigoyen y Alvear.⁶² Igualmente superficiales son nuestros conocimientos del anarco-sindicalismo y del socialismo en Argentina. ¿Por qué, por ejemplo, no ha logrado el socialismo argentino al apoyo de las masas? ⁶³ La caída de Irigoyen y del radicalismo se han atribuido a la senilidad de Irigoyen, la corrupción de los políticos y la gran depresión. Otros han teorizado sobre las tentativas de Irigoyen de trocar los víveres de Argentina por el petróleo crudo soviético, arguyendo que esto condujo a que los conservadores cooperaran con los militares en la revolución de 1930.⁶⁴

Fue durante la restauración conservadora cuando reaparecieron tendencias que los argentinos y otros habían creído desde mucho tiempo fenecidas: el militarismo, el clericalismo, el privilegio y la manipulación abierta del proceso po-

lítico. El historiador puede preguntarse si la base económica de la reacción posterior a 1930 fue la fe de los conservadores argentinos en la dependencia tradicional de los sectores hasta entonces venturosos de la exportación de carne y cereales con la suposición de que los compradores ingleses y europeos sostendrían por un tiempo indefinido la economía argentina. ¿O fue la característica de un gobierno controlado por los grupos interesados de agricultores y hacendados el descuidar los peligros de un éxodo rural enorme a la megalópolis de Buenos Aires, el menospreciar las presiones por diversificación a través de industrialización, sindicalismo y legislación de seguro social, y el defraudar sistemáticamente a las clases inquietas urbanas y rurales respecto a la votación electoral?⁶⁵ ¿Fue la base política de la restauración la destreza de los conservadores en cortejar la colaboración de los elementos derechistas con los radicales durante la *concordancia*, o, como algunos prefieren denominarlo, el *contubernio*?

Obviamente, no es apropiado opinar aquí sobre la literatura de la era peronista.⁶⁶ Sin embargo, dos cuestiones importantes merecen discutirse. Primero, ¿es justo sostener que entre 1943-1963 unas secciones de la clase media argentina se unieron a la fuerza trabajadora urbana y algunos elementos militares para derrocar una administración conservadora, incompetente y reaccionaria? Si fue así, ¿qué prometió Perón a la clase media? Tal razonamiento sugiere que en 1955 la clase media, temiendo la radicalización del régimen peronista, decidió abandonarlo y unirse con sectores militares y con los residuos de una oligarquía todavía influyente para derrocarlo. ¿Cómo, entonces, logró salvarse, durante la década peronista, la oligarquía, objeto predilecto de la vituperación de los peronistas? ¿Sería porque, a pesar de la retórica, el peronismo nunca consideró seriamente la reforma agraria? Dada la atracción popular por la "justicia social" del peronismo, ¿por qué aceptaron las masas urbanas con tal sumisión el derrocamiento de Perón?

En segundo lugar, ¿cuáles son los factores principales del estancamiento prolongado de la economía argentina? Du-

rante los últimos tres años del régimen peronista, la tasa de desarrollo económico bajó, al parecer por causa de la autoritaria incapacidad peronista. Con todo, ¿cómo ha de explicar el historiador el estancamiento subsiguiente? ¿En los defectos del carácter nacional, como sugiere Fillol?⁶⁷ ¿En la clase media poco dispuesta a aceptar controles gubernamentales, desunida en sus aspiraciones, lista para conceder las decisiones políticas a 'oficiales del ejército' y grupos poderosos de comerciantes, banqueros y propietarios para diferir la participación política de las masas urbanas?⁶⁸ ¿O implica la trayectoria de la vida argentina en este siglo que una informe clase media en el momento crítico vuelva, como sucedió en Europa entre las dos guerras, a los demagogos carismáticos, al clericalismo, a la parodia de sus antiguas tradiciones democráticas, y al militarismo?

Es comprensible que el militarismo latinoamericano moderno atrajera la atención de los investigadores en estos últimos años. Al evadir el problema de definición de las variedades del militarismo, es evidente que éste no es un nuevo fenómeno de la historia latinoamericana.⁶⁹ Sin embargo, su virulencia en la Argentina, al parecer una de las repúblicas más modernizadas, requiere un estudio histórico en grande escala. En tal estudio el militarismo no puede descartarse como el producto de un neo-profesionalismo; el ejército argentino no ha mostrado tendencias fuertemente expansionistas, y los vecinos agresivos no han amenazado en los últimos años la integridad territorial de Argentina. ¿Cómo entonces va a explicar el historiador la creación de una casta militar dentro de una sociedad abierta? Tratar de generalizar el hecho de que el militarismo puede resultar "al acontecer una seria crisis política o económica" en Argentina o en otra parte, no responde a la cuestión de ¿por qué desde 1930 se han derrumbado repetidamente los gobiernos civiles argentinos, dejando al ejército el papel de constituir 'un gobierno coalicionista' con grupos de oficiales en lugar de partidos políticos?⁷⁰ ¿Indica la experiencia argentina que el ejército constituye un baluarte en la América Latina en pro de la estructura existente de la sociedad, salvo los países

en donde la derrota completa de los movimientos revolucionarios los ha transformado como en México después de la Revolución, y en Cuba desde 1959?

4. Cuba

Hasta 1959 los historiadores no vieron nada en el desarrollo de Cuba que indicara que iba a ser el escenario del segundo cataclismo social en la América Latina durante el siglo xx y la primera república socialista del continente americano. Su aislamiento, su guarnición militar, su papel de asilo de los refugiados durante la rebelión anticolonial contra el reino español y, como puede especular el historiador, la prerrogativa del comercio libre hecho desde 1808 en adelante, la aislaron de los cambios que inundaron a la América Latina entre 1808 y 1824. Como Puerto Rico, permaneció siendo colonia española. Con el Brasil y el Sur de los E. U., constituyó la 'Plantation America' durante el siglo xix, produciendo para la exportación el café, el azúcar y el tabaco por medio del trabajo forzado de los negros africanos. En tres ocasiones entre 1868 y 1959 los revolucionarios cubanos se encontraron amargados y desilusionados por los resultados mediocres, la primera vez durante la Guerra de Diez Años (1868-78) y después en la lucha contra España (1895-98) que terminó en la Enmienda Platt, y al final en el levantamiento sangriento de las masas que derrocó a Machado y condujo a la caída del gobierno nacionalista de Grau San Martín.⁷¹ Desde la perspectiva de cinco años de revolución cubana, se puede afirmar que tanto las experiencias de estos movimientos malogrados como la de las revoluciones de México y Guatemala en el siglo xx, hicieron de Fidel Castro y sus colaboradores, todos letrados y dominados por el sentido de la historia, seres intratables, inflexibles y decididos a no comprometerse en lo tocante a principios.

Dos grupos importantes de problemas cubanos ocuparán al historiador durante algún tiempo. Con el discernimiento perverso que el historiador alcanza generalmente más por medio de retrospectión que de la anticipación, se ve que en el último siglo de la historia cubana han surgido todos los

elementos de una explosión revolucionaria en grande escala. La primera cuestión importante para los historiadores no es pues el aislamiento de los factores que contribuyen a la explosión revolucionaria sino la combinación de factores, externos e internos, que destruyeron el gobierno de Batista en 1958, confiando la modernización de Cuba al movimiento del 26 de Julio que condujeron a las trágicas diferencias entre Cuba y los Estados Unidos. ¿Qué fuerzas llevaron al régimen de Batista durante la década de 1950 a lo que parece haber sido la enemistad absoluta de casi todos los sectores de la sociedad cubana? ¿Las idiosincrasias de Batista y Castro? ¿O debe el historiador adoptar una perspectiva más amplia y re-examinar el conflicto surgido en 1928 por Leland Jenks en 'los esfuerzos de Cuba para reconciliar la nacionalidad con la penetración persistente de la empresa y el capital extranjero'?⁷² Se puede encontrar material sugestivo en las obras de Guerra y Sánchez, Buell, Thomson, Portel Vilá, Roig de Leuchsenring, Nelson, Hunter y Smith, para no citar más que algunos, así como en los manuscritos hasta ahora ignorados que guardan los archivos oficiales y comerciales de los Estados Unidos y Cuba.⁷³

El segundo grupo de problemas que atrae a los historiadores —la determinación de las fases críticas de la revolución desde 1959, el avalúo de los factores implicados en la toma de decisiones políticas, la evaluación de las consecuencias, internas y externas, van a exigir a la profesión los recursos máximos de crítica de fuentes, objetividad, perspectiva y síntesis. Durante mucho tiempo el historiador tendrá que aprender a vivir cara a cara con el polemista, dado que el crisol de la revolución social moderna conduce más a la pirotecnia de polémica que a la práctica del arte del historiador. En México y Bolivia, el surgimiento de la reforma básica, la reforma agraria, condujo a la repartición de los latifundios en parcelas. En Cuba, al contrario, se desarrolló una transición rápida desde la hacienda particular hasta la hacienda cuyo propietario es el Estado, evitando la fase de agricultura campesina. ¿Puede el historiador explicar este fenómeno con un siglo de agricultura en grande escala, fuertemente capitalizada,

que transformó grandes segmentos de la población rural en un proletariado hacendado, que dio a Cuba un nivel de rendimiento *per cápita*, uno de los más altos de la América Latina, y la transformó en una de las naciones con mayor índice de alfabetización de toda esta región?⁷⁴ En segundo lugar, dada la presencia de una burguesía poderosa y modernizada, cuando menos según las normas latinoamericanas, ¿por qué perdió este segmento social su influencia sobre el proceso revolucionario, en contraste con la burguesía mexicana posterior a 1910? ¿Por qué Castro se decidió a traicionar a su clase o por qué el liderato revolucionario en la primavera de 1959 sintió en la burguesía cubana solamente otro grupo de explotadores, listos para nacionalizar la propiedad y las empresas extranjeras en beneficio propio? Los mexicanos niegan que haya una clara formulación ideológica en su revolución, y la mayoría de los observadores de la escena cubana afirman que en enero de 1959 el movimiento del 26 de Julio no tenía ninguna ideología bien definida, no siendo entonces más que un movimiento revolucionario nacional que intentó la destrucción de un enemigo común, pero sin programa social y político para el período de reconstrucción revolucionaria. Aceptada esta suposición, los historiadores tienen que explicar la transición rápida desde el eclecticismo revolucionario de 'Libertad con pan y sin terror' de enero de 1959 hasta la proclamación de la Cuba socialista dos años después.⁷⁵ Una escuela de interpretación afirma que Cuba llegó a esta postura porque tuvo que aceptar de los comunistas cubanos los elementos que le faltaban, "cuadros disciplinados y adiestrados, la ideología y el apoyo internacional a la desviación de las revoluciones". La interpretación opuesta insiste más en las presiones externas que internas, y arguye que los revolucionarios alejados del oeste, necesitando ayuda económica y apoyo militar y político, tenían que buscar nuevas amistades.⁷⁶ Por supuesto, que como último recurso, el historiador de la moderna América Latina tendrá que dirigirse al problema más amplio de las contribuciones aportadas por la revolución cubana a la teoría general de la revolución en el siglo xx.

IV. *Algunas tendencias y proyectos de investigación*

Este análisis subjetivo de las lagunas en la historiografía moderna latinoamericana debe ilustrar lo que significa la rica diversidad y complejidad de fenómenos históricos en esta región. Debe indicar que en épocas específicas, posteriores a 1750 aproximadamente, la atención de los investigadores se ha fijado en varios puntos sobresalientes: la lucha por la independencia política y la libertad comercial contra el dominio luso-español, la búsqueda de nuevos principios de autoridad y una base económica viable en décadas neocoloniales, las cruzadas anti-clericales para eliminar el papel político del clericalismo, la integración de la economía latinoamericana y mundial después de 1950, el surgimiento de la clase media, el despertar de las masas, y en la época más reciente, la búsqueda de soluciones propias a los problemas del desarrollo económico por medio del industrialismo. Sobre todo, la persistencia del moderantismo o tradicionalismo casi en todas partes provoca a los historiadores y a los sociólogos a la revaluación de las raíces de su poder de recuperación.

Después de los Estados Unidos, es la América Latina la que ha disfrutado de independencia política por más tiempo que las otras regiones antaño coloniales. En comparación con la mayoría de los territorios de Asia y África, la América Latina no está subdesarrollada, aunque sí existen áreas de miseria humana tanto en las regiones rurales como en las urbanas. Sin embargo, desde 1820 y sobre todo desde 1850, la América Latina no ha logrado aumentar mayormente su autonomía económica; por consiguiente, muchos de sus eruditos e intelectuales hablan de su pasado y de su *presente* colonial; de la tradición imperialista de la Gran Bretaña y últimamente de la de los Estados Unidos. Los historiadores tienen que recordar que las regiones recién liberadas de África, del Medio Oriente y del Lejano Oriente no han tomado como guía a la América Latina. ¿Será porque en esta región las instituciones perciben valores y resistencia al cambio, objetos que todos ellos desean fervientemente abandonar? En la búsqueda de las bases de la tradición conservadora, ¿qué debe

examinar el historiador? ¿La hacienda y el latifundio? ¿El movimiento de los grupos privilegiados desde la agricultura hasta la distribución, la banca y la industria pesada? ¿La flexibilidad inesperada de la Iglesia? ¿El ejemplo de las corporaciones extranjeras? ¿Los ejércitos? En suma, ¿existe un amplio perfil para la investigación de aspectos generales y específicos del moderantismo?

Desde que Bolton intentó dar una interpretación amplia a la frontera como factor unificador en el desarrollo del hemisferio occidental, los historiadores han ejercido la prudencia sin atreverse a proponer nuevas interpretaciones.⁷⁷ Whitaker ha propuesto como "una idea unificadora" el que debería revisarse la experiencia latinoamericana como un trozo de la experiencia común del Triángulo del Atlántico, de Europa, Angloamérica, y América Latina.⁷⁸ En la búsqueda de métodos para fundir "la libertad con la justicia", el individuo con la sociedad, y en las raíces comunes europeas, Griffin percibe un tema común hemisférico.⁷⁹ Mosk, un economista atraído por los orígenes históricos de los fenómenos contemporáneos, señala la integración de la América Latina con la economía industrializadora de Europa occidental y los Estados Unidos posterior a 1850, al intercambio de materias primas por artículos de consumo, bienes de capital, tecnología, inversiones, expertos.⁸⁰ Por extrapolación, los estudiosos de la época moderna pueden aprovechar los estudios de las variaciones demográficas coloniales cuya magnitud está documentada cuidadosamente por Borah, Cook, Simpson y Kubler, pero cuyas ramificaciones extensas para la historia latinoamericana aguardan una más amplia elucidación. Lo que se ve en común en todos estos métodos de investigación es que son complementarios, no exclusivos. Son posiciones de observación dispersas, que dominan un desfiladero vasto de la experiencia humana, inexplorada o explorada a medias.

Es quizá por medio del prisma del desarrollo económico y de los aspectos políticos y sociales interrelacionados, es decir, por la historia económica y política, como los historiadores pueden lograr la visión general más satisfactoria en este momento de la historia. ¿Han sido los principales instru-

memos de modernización las innovaciones tecnológicas, el ferrocarril, el buque de vapor y el generador de electricidad, los cuales han socavado el aislamiento en los planos nacionales e internacionales? ¿Ha sido la tendencia secular en términos de comercio, la que ha influido adversamente en la capacidad latinoamericana para importar, y por consiguiente ha obligado a la región a abandonar la división internacional del trabajo, para diversificar más que acentuar la especialización agrícola, como dice Prebisch? ⁸¹

El historiador de la economía puede poner por caso que hay dos etapas principales de la historia latinoamericana desde los últimos años del siglo xv. Los europeos occidentales introdujeron el capitalismo comercial con resultados limitados. Junto a un sector dominado por la influencia europea perduró un gran sector tradicional precapitalista o marginal, ocasionando así una economía de dos facetas y, por supuesto, dos culturas, urbana y rural.⁸² La integración económica acelerada entre 1850 y 1914 provocó la expansión de sectores agrícolas en busca de su mercado, en detrimento de los sectores precapitalistas. Con el movimiento hacia el industrialismo, cuyos orígenes en la América Latina antes de la primera guerra mundial se pueden discernir en México y el Brasil, aparece la segunda etapa, la fase capitalista-industrial, que ha ejercido un impacto muy diverso, político, social, cultural e ideológico, intensificado por las guerras y la depresión. La modernización bajo el sistema capitalista-industrial no es un proceso reversible, pero se puede discutir que, dentro de la perspectiva histórica, no ha separado a la América Latina del principal legado social de su herencia colonial, en las palabras de Gibson, "el sistema rígido de clases, que no fue completamente destruido ni por la revolución de la independencia ni por ninguna de las revoluciones subsecuentes, y que en estos días se ve modificado nada más que en parte".⁸³

En estos términos el historiador de América Latina tiene que intentar la reinterpretación que confronte cada generación de historiadores, reexaminando prejuicios, premisas, hipótesis, implícitas o explícitas, tomando en cuenta la realidad que se revela. Puede hacer esto como investigador indepen-

diente, listo para emplear las disciplinas conexas cuando sea necesario, o como participante en un equipo de investigación. Tiene que revisar continuamente las cuestiones generales y las generalizaciones de la historia latinoamericana y probarlas en todos los niveles, de preferencia en el nivel local, sea al nivel del pueblo, del municipio, del Estado, de la provincia, o del departamento, en su búsqueda de materiales básicos. En el estudio de la diplomacia del hemisferio, debe lograr un panorama comprensivo de las bases domésticas de la política exterior de las repúblicas latinoamericanas.⁸⁴ El mundo contemporáneo está tan interrelacionado que el historiador, al examinar las cuestiones relevantes del pasado, se ve atraído por fuerza a las principales tendencias de su profesión como se practica en todas partes. Pero sea cual sea su región de estudio y su especialización, el historiador latinoamericano descubrirá tarde o temprano que tiene que hacer frente a la tenacidad del moderantismo, la flexibilidad persistente del tradicionalismo, sea su tema la hacienda, el latifundio, o la mina, el buhonero, el prestamista o los bancos, comercial o hipotecario, el agente o importador, empresario de agencias locales o sucursales de compañías extranjeras, el problema del mercado doméstico y la acumulación de capital o del comercio internacional, el flujo del capital y la amortización o negociación de deudas públicas o particulares, la Iglesia como baluarte del pasado o instrumento del desarrollo social, el ejército como núcleo profesional, como agente de modernización o instrumento de inmovilidad social y política.

NOTAS

1 El contenido de las notas de este artículo son sólo sugerencias. Para su preparación han sido consultadas las obras siguientes: GIBSON, C. y KEEN, B., "Trends of United States Studies in Latin American History", *American Historical Review*, LXII (July, 1947), 855-57; CLINE, H. F., ed., *Latin American Studies in the United States* (Washington, D. C., 1959); SIMPSON, L. B., "Thirty Years of the *Hispanic American Historical Review*", *HAHR*, XXIX (1949), 188-204; BARAGER, J. R., "The Historiography of the Rio de la Plata Area since 1830", *HAHR*, XXXIX (1959), 588-642; POTASH, R. A., "The Historiography of Mexico since

1821", *HAHR*, XL (1960), 383-424; GRIFFITH, W. J., "The Historiography of Central America since 1830", *HAHR*, XL (1960), 548-569; NAYLOR, R. A., "Research Opportunities in Modern Latin America, 1. Mexico and Central America", *The Americas*, XVII (1962), 353-365; ZAVALA, Silvio, *The Colonial Period in the History of the New World*. Abridgement by Max Savelle (Mexico, 1962); GRIFFIN, C. C., *The National Period in the History of New World. An Outline and Commentary* (México, 1961); GIBSON, C., *The Colonial Period in Latin American History*. (Washington, 1958); WHITAKER, A. P., *Latin American History since 1825*. (Washington, 1961); BURGIN, M., "Research in Latin American Economics and Economic History", *Inter-American Economic Affairs*, 1 (1947); 3-22; MOSK, S. A., "Latin American Economics: The Field and Its Problems", *IAEA*, III (1949), 55-64.

² BUSTAMANTE, C. M., *Historia del emperador Moctheuzoma, Xocoyotzin* (México 1829) y su *Suplemento* a CAVO A., *Los tres siglos de México* (México 1836); ALAMÁN, Lucas, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana...* (3 v. México, 1844-49); *Historia de Méjico...* (5 v. México, 1849-52); OROZCO Y BERRA M., *Historia antigua y de la conquista de México* (4 v. México, 1880); *Historia de la dominación española en México* (México, 1938); GARCÍA ICAZBALCETA, J., *Bibliografía mexicana del siglo XVI* (México, 1886); *Colección de documentos para la historia de México* (2 v. México, 1858-66); VARNHAGEN, F. A. DE, *Historia geral do Brasil* (2 v. Rio, 1854-57); *Historia das lutas com os Holandezes no Brazil...* (Vienna, 1871); BARROS ARANA, D., *Los antiguos habitantes de Chile* (Santiago, 1874) e *Historia general de Chile* (16 v., Santiago, 1884-1902); AMUNÁTEGUI, Miguel Luis, *Descubrimiento y conquista de Chile* (Santiago, 1862).

³ GIBSON Y KEEN, "United States Studies", *loc. cit.*, 855-57, proporcionan detalladas referencias a los autores citados.

⁴ SHEPHERD, W. R., *Guide to the Materials for the History of the United States in Spanish Archives* (Washington, 1907); ROBERTSON, J. A., *List of Documents in Spanish Archives relating to the History of the United States...* (Washington, 1910); BOLTON, H., *Guide to Materials for the History of the United States in the Principal Archives of Mexico* (Washington, 1913); HILL, R. R., *Descriptive Catalogue...* (Washington, 1916); CHAPMAN, C. C., *Catalogue of Materials...* (Berkeley, 1919); KENISTON, R. H., *List of Works for the Study of Hispanic American History* (New York, 1920); JONES, C. K., *Hispanic American Bibliographies...* (Baltimore, 1922). Para detalles bibliográficos completos, ver GIBSON y KEEN, "United States Studies", *loc. cit.*, 858-859, notas 14 y 15.

⁵ *Ibid.*, 860-861.

⁶ *Amer. Hist. Rev.*, XXXVIII (1933), 448-474 y su *Wider Horizons of American History* (New York, 1939).

⁷ ARMILLAS, P., "Tecnología, formaciones socio-económicas y religión

en Mesoamérica", en *The Civilization of Ancient America* (Chicago, 1951), y del mismo *The Native Period in the History of the New World* (Mexico, 1962) 1; ROWE, J. H., "Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest", en STEWARD, J. H., ed., *Handbook of the South American Indians* (7 v. Washington, 1946-59), II, 183-330; MORLEY, S. G., *The Ancient Maya* (3ª ed. Stanford, 1956); THOMPSON, J. E. S., *The Rise and Fall of Maya Civilization* (Norman, Okla., 1954); PALERM, A., "The Agricultural Basis of Urban Civilization in Mesoamerica", en STEWARD, J. H., et. al., *Irrigation Civilizations: A Comparative Study* (Washington, 1955), 28-42.

⁸ COOK, S. F., y SIMPSON, L. B., *The Population of Central Mexico in the Sixteenth Century*, Ibero-americana, 31 (Berkeley and Los Angeles, 1948); BORAH, W. W. y COOK, S. F., *The Aboriginal Population of Central Mexico on the Eve of the Spanish Conquest*, Ibero-americana, 45 (Berkeley and Los Angeles, 1963); GIBSON, Charles, *Tlaxcala in the Sixteenth Century* (New Haven, 1952); KUBLER, George, "The Quechua in the Colonial World", en STEWARD, J. H., ed., *Handbook*, II, 331-410; CLINE, H. F., "Civil Congregations of the Indians in New Spain, 1598-1606", *HAHR*, XXIX (1949), 349-369; CHEVALIER, F., *La Formation des grands domaines au Mexique...* (Paris, 1952); MARCHANT, A., *From Barter to Slavery* (Baltimore, 1942); ROWE, J. H., "The Inca under Spanish Colonial Institutions", *HAHR*, XXXVII (1957), 155-199; ZAVALA, S., *New Viewpoints on the Spanish Colonization of America* (Philadelphia, 1943); HANKE, Lewis, *The Spanish Struggle for Justice in the Conquest of America* (Philadelphia, 1949); LEONARD, I., *Books of the Brave* (Cambridge, Mass., 1949); MIRANDA, J., *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas. Primera parte, 1521-1820* (México, 1952); GIBSON, C., *The Inca Concept of Sovereignty and the Spanish Administration in Peru* (Austin, Texas, 1948); BORAH, W. W., "Representative Institutions in the Spanish Empire in the Sixteenth Century. III. The New World", *The Americas*, XII (1956), 246-257; GÓNGORA, M., *El estado en el derecho indiano. Época de fundación* (Santiago de Chile, 1951); PARRY, J. H., *The Sale of Public Office in the Spanish Indies under the Hapsburgs*, Ibero-americana, 37 (Berkeley and Los Angeles, 1957).

⁹ HUSSEY, R. D., *The Caracas Company, 1728-1784* (Cambridge, Mass., 1934); SMITH, R. S., "The Institution of the Consulado in New Spain", *HAHR*, XXIV (1944), 61-83 y "Sales Taxes in New Spain, 1575-1770", *Ibid*, XXVIII (1948), 2-37; CÉSPEDES DEL CASTILLO, G., *La avería en el comercio de Indias* (Sevilla, 1945); ARCILA FARIAS, E., *Comercio entre México y Venezuela...* (México, 1950); LEVENE, R., *Investigaciones acerca de la historia económica del virreinato del Plata* (La Plata, 1927); WHITAKER, A. P., *The Huancavelica Mercury Mine* (Cambridge, Mass., 1941); HOWE, Walter, *The Mining Guild of New Spain and its Tribunal General, 1770-1821* (Cambridge, Mass., 1949); WHITAKER, A. P., ed., *Latin*

America and the Enlightenment (New York and London, 1942); LANING, J. T., *Academic Culture in the Spanish Colonies* (New York, 1940).

10 ZAVALA, S., "Orígenes coloniales del peonaje en México", *Trimestre Económico*, x (1943), 711-748; MÖRNER, Magnus, *El mestizaje en la historia de Iberoamérica* (Stockholm, 1960); KONEZKE, R., "El mestizaje y su importancia en el desarrollo de la población hispano-americana durante la época colonial". *Rev. de Indias*, vii (1946), 7-44, 215-237; GIBSON, C., "The Transformation of the Indian Community in New Spain", *Cahiers d'histoire mondiale*, II (1955), 581-607, y del mismo "The Aztec Aristocracy in Colonial Mexico", *Comparative Studies in Society and History*, II (Enero 1960), 169-196; KUBLER, G., *The Indian Caste of Peru, 1795-1940* (Washington, 1952).

11 Por ejemplo, CHAMBERLAIN, Robert S. "Simpson's *The Encomienda in New Spain* and Recent Encomienda Studies", *HAHR*, xxxiv (Mayo, 1954) 238-250 y MAURO, Frédéric, "México y Brasil: Dos economías coloniales comparadas", *Historia mexicana*, x (Nº 40), 571-585.

12 DIFFIE, B. W., *Latin American Civilization. Colonial Period* (Harrisburg, Pa., 1945); HARING, C. H., *The Spanish Empire in America* (New York, 1947); PICÓN-SALAS, M., *De la conquista a la independencia...* (México, 1944).

13 CHAUNU, Pierre y Huguette, *Seville et l'Atlantique (1504-1650)* (8 vols., París, 1955-1960); ARCILA FARIAS, E., *Economía colonial de Venezuela* (México, 1946); MAURO, Frédéric, *Le Portugal et l'Atlantique au XVIIIe siècle* (París, 1960); BORAH, W. W., "Representative Institutions", *loc. cit.*

14 GRIFFIN, C. C., "Economic and Social Aspects of the Era of Spanish American Independence". *HAHR*, xxix (1949), 170-187; *Los temas sociales y económicos en la época de la independencia* (Caracas, 1962); HUMPHREYS, R. A., *Liberation in South America, 1806-1827* (London, 1952) y "Economic Aspects of the Fall of the Spanish American Empire", *Revista de Historia de America* (1950), 450-456.

15 SIMPSON, "Thirty Years of the *Hispanic American Historical Review*", *loc. cit.*, 189-190 y GIBSON, "United States Studies", *loc. cit.*, 862.

16 GRIFFIN, C. C., "Economic and Social Aspects", *loc. cit.*, 187.

17 HUMPHREYS, R. A., *The Evolution of Modern Latin America* (Oxford and New York, 1946); MOSK, S. A., "Latin America and the World Economy, 1850-1914", *IAEA*, II (1948), 53-82; BERNSTEIN, H., *Modern and Contemporary Latin America* (New York, 1952); WORCESTER, D. E. y SCHAEFFER, W. G., *The Growth and Culture of Latin America* (New York, 1956); JOHNSON, John J., *Political Change in Latin America* (Stanford, 1958); GRIFFIN, C. C., *The National Period*.

18 Como Charles Griffin lo ha señalado: "For the national period the plethora of data is overpowering... More important... is the rapidity of historical change and the more exact knowledge available as to how and why these changes occurred", *The National Period*, x.

19 Por ejemplo, *Revista de Historia de América* (México); *Historia Mexicana, Trimestre Económico* (México); *Revista de História* (São Paulo), *Revista de Historia* (Buenos Aires), *Revista de Indias* (Madrid), *The Americas* (Washington, D. C.)

20 *American Journal of Sociology*, LVIII (1953), 327-339.

21 RAMOS, Samuel, *El perfil del hombre y de la cultura en México* (México, 1934); ZEA, Leopoldo, *Apogeo y decadencia del positivismo en México* (México, 1944); ROMANELL, P., *Making of the Mexican Mind* (Lincoln Neb., 1952); CRUZ COSTA, João, *Contribuição a historia das ideias no Brasil* (Rio, 1956); MIGUEL PEREIRA, Lucía, *Cinquenta anos de literatura* (Rio, 1952); MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, *Radiografía de la pampa* (Buenos Aires, 1933); ROMERO, José Luis, *Las ideas políticas en Argentina* (México, 1946).

22 PINTO SANTA CRUZ A., Chile. *Un caso de desarrollo frustrado* (Santiago, 1958); FURTADO, Celso, *The Economic Growth of Brazil* (Berkeley, 1963); FRONDIZI, Silvio, *La Realidad Argentina* (2 v., Buenos Aires, 1955-1956); BALTRA CORTÉS, Alberto, *Crecimiento económico de América Latina* (Santiago, 1961).

23 CLINE, H. F., *The United States and México* (Cambridge, Mass., 1953) y *Mexico. Revolution to Evolution, 1940-1960* (London and New York, 1962); WHITAKER, A. P., *The United States and Argentina* (Cambridge, Mass., 1954); COSÍO VILLEGAS, D., ed., *Historia moderna de México* (6 vols. México, 1955-63); BUARQUE DE HOLANDA, Sergio, ed., *História geral da civilização brasileira* (São Paulo, 1960); LEVENE, Ricardo, *Historia de la nación argentina* (10 v., Buenos Aires, 1936-1950); SANTOVENIA, Emeterio, et. al., *Historia de la nación cubana* (10 v., Habana, 1952).

24 POTASH, R. A., "Historiography", *loc. cit.*, 383-424; STEIN, S. J., "Historiography of Brazil", *Ibid.*, XL (1960), 234-278; BARAGER, J. R., "Historiography", *Ibid.*, XXXIX (1959), 588-642.

25 SEE DORE, R. P., "Some Comparisons of Latin American and Asian Studies with Special Reference to Research on Japan". *Items*, 17 (Junio 1963), 13.

26 MCALISTER, L. N., "Social Structure and Social Change in New Spain", *HAHR*, XLIII (1963), 349-370.

27 COSÍO VILLEGAS, D., *Historia moderna de México*, I. *La república restaurada. La vida política*, 45-107; POTASH, R. A., *El banco de avío de México* (México, 1959); CHÁVEZ OROZCO, Luis, *Historia económica y social de México* (México, 1938); SCHOLLES, W. V., *Mexican Politics under the Juarez Regime 1855-1872* (Columbia, Mo., 1957).

28 BAZANT, J., "Tres revoluciones mexicanas", *Historia Mexicana*, x (1960), 220-242.

29 HALE, C., "Liberalismo mexicano", *Historia Mexicana*, XII (1963), 457-463.

30 Cf. TANNENBAUM, F., *The Mexican Agrarian Revolution* (New York, 1929).

31 CHEVALIER, F., "Le soulèvement de Zapata", *Annales. Economies. Sociétés. Civilisations*, 16 (1961), 66-82.

32 Cf. ROSENZWEIG HERNÁNDEZ, Fernando, "El proceso político y desarrollo económico de México", *Trimestre Económico*, XXIX (1962), 519-524 y VERNON, R., *The Dilemma of Mexico's Development* (Cambridge, Mass., 1962).

33 CLINE, *México: Revolution to Evolution*, Cap. XI.

34 LEWIS, Oscar, *Five Families. Mexican Case Studies in the Culture of Poverty* (New York, 1959).

35 "Tres interrogaciones sobre el presente y el futuro de México", *Cuadernos Americanos*, xviii (1959), 44 ff.

36 TANNENBAUM, F. *Peace by Revolution* (New York, 1933), 172; CASTAÑEDA, Jorge, "Revolution and Foreign Policy: Mexico's Experience". *Political Science Quarterly*, LXXVIII (Sept., 1963), 403.

37 CLINE, *México*, Cap. III.

38 Cf. MARGHANT, A., "The Unity of Brazilian History", en MARGHANT, A., y SMITH, T. Lynn, eds., *Brazil: Portrait of Half a Continent* (New York, 1951), 37-51; MORSE, R. M., "Some Themes of Brazilian History", *South Atlantic Quarterly*, LXI (1962), 159-182.

39 Cf. LAMBERT, J., *Le Brésil, Structure sociale et institutions politiques* (Paris, 1953), 70-77, 118-136 y LIPSON, L., "Government in Contemporary Brazil", *Canadian Journal of Economics and Political Science*, 22 (1956), 183-184. Sobre la tradición conservadora brasileña y el "dilema social", ver FERNANDES, Florestan, "Reflexões sobre la mudança social no Brasil", *Revista Brasileira de Estudos Políticos*, 15 (Jan.-Julho, 1963), 31-71.

40 RODRIGUES, José Honório, *Africa e Brasil: outro Horizonte* (Rio, 1961).

41 WILLIAMS, M. W., "The Treatment of Negro Slaves in the Brazilian Empire. A Comparison with the United States", *Journal of Negro History*, xv (1930), 313-336; TANNENBAUM, F., *Slave and Citizen. The Negro in the Americas* (New York, 1947); ELKINS, Stanley, *Slavery, A Problem in American Institutional and Intellectual Life* (Chicago, 1959); FREYRE, Gilberto, *Brazil. An Interpretation* (New York, 1945), 49 *passim* y repetido en *New World in the Tropics* (New York, 1959), 79 *passim*.

42 FERNANDES, Florestan, *Mudanças sociais no Brasil* (São Paulo, 1960); IANNI, Octavio, *A metamorfoses do escravo. Apogeu e crise da escravidão no Brasil meridional* (São Paulo, 1962), esp. 256; WAGLEY, G., ed., *Race and Class in Rural Brasil* (Paris, 1952).

43 Cf. CARDOSO, Fernando Henrique, *Capitalismo e escravidão no Brasil meridional* (São Paulo, 1962), cap. VI, esp. 299-305.

44 NORMANO, J. F., *Brazil. A study of Economic Types* (Chapel

Hill, 1935); FURTADO, C., *The Economic Growth of Brazil*; SIMONSEN, R. C.; *História econômica do Brasil, 1500-1820* (2 v., São Paulo, 1937); PRADO JUNIOR, Caio, *Formação do Brasil Contemporâneo. Colônia* (São Paulo, 1942) y su *História econômica do Brasil* (São Paulo, 1945).

45 Cf. FREYRE, G., "República", en BORBA DE MORAES, R., y BERRIEN, W., eds., *Manual bibliográfico de estudos brasileiros* (Rio, 1949), 447-457.

46 FURTADO, C., *Desenvolvimento e subdesenvolvimento* (Rio, 1961), cap. 6.

47 LIPSON, "Government in Contemporary Brazil", *loc. cit.*

48 WAGLEY, C., "The Brazilian Revolution: Social Change since 1930", en ADAMS, R., et al., *Social Change in Latin America Today* (New York, 1960), 177-230; BELLO, J. H., *História da república (1889-1945). Adenda, 1945-1954* (São Paulo, 1956); WERNECK SODRÉ, Nelson, *Introdução à revolução brasileira* (Rio, 1958).

49 STENBERG, H. O'R., "Agriculture and Industry in Brazil", *Geographical Journal*, CXXI (1955), 488-502.

50 BARBOSA LIMA SOBRINHO, A. J., *A veerdade sobre a revolução de 1930* (Rio, 1933); MELLO FRANCO, Virgilio, *Outubro, 1930* (Rio, 1931); LINS DE BARROS, João Alberto, *Memórias de un revolucionario*; WERNECK SODRÉ, Nelson, *Introdução a revolução brasileira* (Rio de Janeiro, 1958), 204-213.

51 LEAL, V. N., *Coronelismo, enxada, e voto* (Rio, 1948).

52 OLIVEIRA TORRES, J. C. de, *A democracia coroada (Teoria política do império)* (Rio, 1957). Ver también FREYRE, G., *New World in the Tropics*.

53 LIPSON, "Government in Contemporary Brazil", *loc. cit.*

54 Cf. LEWIS, W. Arthur, "Economic Development with Unlimited Supplies of Labor", en AGARWALA, A. N., y SINGH, S. P., eds., *The Economics of Underdevelopment* (New York, 1963), esp. 406-410.

55 FURTADO, C., "Reflexiones sobre la prerevolución brasileña", *Trimestre Económico*, XXIX (1962), 373-384, reimpresso como "Brazil: What Kind of Revolution?", *Foreign Affairs*, 41 (1963), 526-535.

56 LIPSON, "Government in Contemporary Brazil", *loc. cit.*

55 SMITH, T. Lynn, citado e interpretado por BEALS, R., "Social Stratification in Latin America", *American Journal of Sociology*, 58 (1952-1953).

58 WHITAKER, A. P., *The United States and Argentina*, 62-65.

59 WHITAKER, A. P., "The Argentine Paradox", *Annals of the American Academy of Sociology and Political Sciences*, 334 (1961), 103-112.

60 ACEVEDO, Edberto Oscar, *El ciclo histórico de la revolución de mayo* (Sevilla, 1957) y BARREIRO, José P., *El espíritu de mayo y el revisionismo histórico* (Buenos Aires 1955).

61 Ver el excelente sumario en "La crisis del 90", *Revista de Historia* (Buenos Aires), 1 (1957).

⁶² DEL MAZO, Gabriel, *El radicalismo* (Buenos Aires, 1952); GÁLVEZ, Manuel, *Vida de Hipólito Yrigoyen* (Buenos Aires, 1940) ilustran la debilidad del tratamiento biográfico actual.

⁶³ Robert Potash, quien ha investigado sobre el militarismo argentino después de 1920, arguye que el "socialism as an imported ideology that stressed rationality, internationalism and principle rather than romanticism, nationalism, and personalities seemed somewhat un-Argentine to the lower class mind. A contributing factor was its deep-seated and doctrinaire anticlericalism which, outside Buenos Aires and a few other areas, was a self imposed kiss of death". Carta, Amherst, Mass., Agosto 23, 1963.

⁶⁴ "La crisis de 1930", *Revista de Historia* (Buenos Aires), 3 (1958), 29, 59, 70-71.

⁶⁵ WEILL, Félix, *The Argentine Riddle* (New York, 1944) y PALACIO, E., *Historia de la Argentina* (Buenos Aires, 1955) y PUIGGRÓS, Ricardo, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos* (Buenos Aires, 1956).

⁶⁶ Ver BARACER, "Historiography", *loc. cit.*; y HOFFMAN, F., "Peron and After" y "Peron and After. Part. II", *Ibid*, xxxvi (1956), xxxix (1959).

⁶⁷ FILLOL, T. R., *Social Factors in Economic Development. The Argentine Case* (Cambridge, Mass., 1961). Ver también COCHRANE, T. G., y REINA, R. E., *Entrepreneurship in Argentine Culture* (Philadelphia, 1962).

⁶⁸ Editorial, *New York Times*, 5 julio, 1963. Cf. GERMANI, Gino, "Política e massa", *Revista Brasileira de Estudos Políticos. Estudos Sociais e Políticos*, 13 (Rio, 1960).

⁶⁹ LIEUWEN, E., *Arms and Politics in Latin America* (New York, 1960), y una recensión crítica por Lyle McALISTER, "The Military in Government", *HAHR*, XL (1960), 582-590 y la aproximación conceptual de McALISTER en "Civil Military Relations in Latin America", *Journal of Inter-American Studies*, III (1961), 341-349; JOHNSON, J. J. ed., *The Role of the Military in Underdeveloped Countries* (Princeton., 1962), 91-129; POTASH, R. A., "The Changing Role of the Military in Argentina", *Ibid.*, III (1961), 571-577; WYCKOFF, T., "The Role of the Military in Contemporary Latin American Politics", *Western Political Quarterly*, XIII (1960), 745-762.

⁷⁰ McALISTER, "The Military in Government", *loc. cit.*, 589-590; POTASH, "Changing Role", *ibid.*, 576.

⁷¹ Un indicio de la amargura cubana es visible en CORBITT, D. C., "Cuban Revisionist Interpretations of Cuba's Struggle for Independence", *HAHR*, XLIII (Agosto, 1963), 395-404.

⁷² JENKS, Leland H., *Our Cuban Colony. A Study in Sugar* (New York, 1928), 312.

⁷³ GUERRA Y SÁNCHEZ, R., *Azúcar y población en las Antillas* (Havana, 1927) y *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas*

de España y de los hispanoamericanos (Habana, 1935); BUELL, R. L., *Problems of the New Cuba. Report of the Commission on Cuban Affairs* (New York, 1935); THOMSON, C. A., "The Cuban Revolution", *Foreign Policy Association, Reports*, 11 (1935-1936), 250-276; ROIG DE LEUCHSEN-RING, E., *Historia de la enmienda Platt. Una interpretación de la realidad cubana* (2 vols., Habana, 1935); Porteli Vilá, H., *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España* (4 vols., Habana, 1938-41), y *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos* (3 ed., Habana, 1960); NELSON, L., *Rural Cuba* (Minneapolis, 1950); HUNTER, J. M., "Investment as a Factor in the Economic Development of Cuba, 1899-1935", *IAEA*, 1 (Winter, 1951), 82-100; SMITH, R. F., *The United States and Cuba. Business and Diplomacy, 1917-1960* (New York, 1960).

74 SWEZEY, P. y HUBERMAN, L., *Cuba. Anatomy of a Revolution* (New York, 1960), cap. 10.

75 DRAPER, T., *Castro's Revolution. Myths and Realities* (New York, 1962), 57.

76 DRAPER, *Castro's Revolution*, 57; ZETTLIN, M., y SCHEER, R., *Cuba. Tragedy in Our Hemisphere* (New York, 1963), 142.

77 BOLTON, *Wider Horizons*.

78 WHITAKER, A. P., "The Americas in the Atlantic Triangle", en Mc INNIS, E., ed., *Ensayos sobre la historia del Nuevo Mundo* (México, 1951), 73.

79 GRIFFIN, C. C., "Unidad y variedad en la historia americana", *ibid.*, 122-123.

80 MOSK, "Latin America and the World Economy, 1850-1914", *loc. cit.* La interpretación de Bolton así como los artículos de Whitaker, Griffin y Mosk pueden verse en HANKE, Lewis, ed., *Do The Americas Have a Common History? A Critique of the Bolton Theory* (New York, 1964).

81 PREBISCH, Raúl, *The Economic Development of Latin America and Its Principal Problems* (United Nations, 1950). Véase también la exposición de la teoría de Prebisch sobre el subdesarrollo latinoamericano en BAER, W., "La economía de Prebisch y de la Cepal", *Trimestre Económico*, xxx (1963), 144-161. El manifiesto original de Prebisch debe ser comparado con sus recientes reflexiones sobre los problemas del desarrollo latinoamericano, en "Towards a Dynamic Development Policy for Latin America" (ECN 12/680, Abril 14, 1963), impreso en *Política* (México), vol. iv, no. 75, 1 de junio de 1963.

82 MOSK, S. A., "Indigenous Economies in Latin America", *IAEA*, viii (1941), 3-26.

83 GIBSON, C., "Colonial Institutions and Contemporary Latin America: Social and Cultural Life", *HAHR*, xliii (1936), 389.

84 Cf. Wood, Bryce, *The Making of the Good Neighbor Policy* (New York, 1961).